
This is the **published version** of the bachelor thesis:

Rocabruna Funcasta, Maria; Amores, Montserrat , dir. Los tipos costumbristas del jarocho y la jarocho en la prensa ilustrada a mediados del siglo XIX. 2022. 30 pag. (1481 Grau en Llengua i Literatura Espanyoles)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/264019>

under the terms of the  license

LOS TIPOS COSTUMBRISTAS DEL JAROCHO Y LA JAROCHA EN LA PRENSA ILUSTRADA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

MARIA ROCABRUNA FUNCSTA



Petros Pharamond Blanchard
Joven jarocha, 1838

Grado en Lengua y Literatura Españolas
Universidad Autónoma de Barcelona
Curso 2021-2022
Tutora: Montserrat Amores García

ÍNDICE

Introducción	3
Los libros de viajes. Veracruz, jarochos y jarochas	6
Algunas notas sobre la palabra ‘jarocho’	12
Los jarochos	
Aspecto físico, indumentaria y costumbres	14
Caracterización moral	17
Las jarochas	
Aspecto físico, indumentaria y costumbres	19
Caracterización moral	25
Conclusiones	26
Bibliografía	28

INTRODUCCIÓN

En el transcurso del tiempo se ha observado la relevancia que tiene para el ser humano su carta de presentación ante el mundo, cómo nos mostramos en sociedad y el efecto que deseamos causar. Los tipos creados por la literatura costumbrista del siglo XIX se convirtieron en el símbolo o representación de una nación ante los ojos forasteros y también sirvieron para consolidar la propia idea de patria. Por otra parte, la independencia de los países hispanoamericanos durante los primeros cuarenta años del siglo XIX obligó a los nuevos países a constituirse como naciones. No únicamente definieron los límites geográficos, sino también a sus habitantes en comunidades imaginadas (Anderson, 1983: 23-24). En palabras de Ernest Gellner, el nacionalismo «*inventa* naciones donde no existen» (cit. en Anderson, 1983: 24) y fuerza la existencia de una comunidad asociada a una tierra. Estos planteamientos son el fundamento de este trabajo, que se propone abordar el análisis de uno de los tipos costumbristas en un contexto específico, el de América Latina, en concreto la República mexicana.

El estudio se realizará a partir de la prensa ilustrada mexicana y se centrará especialmente en los años 1843 y 1844. Estas revistas eran «espacios dedicados a satisfacer las demandas de carácter costumbrista por parte de los lectores, [que] a la vez reafirmaron la tendencia nacionalista de la publicación» (Pérez Salas, 2005: 4). La acotación temporal y la cabecera principal que se estudiará obedecen a las características específicas del desarrollo del costumbrismo en México, según ha estudiado María Esther Pérez Salas (2005: 7): «La incursión gráfica y literaria dentro del costumbrismo, y principalmente en el subgénero de los tipos, a pesar de su aceptación, no creó una corriente como en Europa. Excepto los artículos publicados por Cumplido, en el tercero y cuarto volumen de *El Museo mexicano*». Por esta razón, los textos centrales en este trabajo pertenecen a esta última revista.

Además, en esos años el costumbrismo se encontraba en pleno florecimiento. Los artículos costumbristas no se basaban únicamente en la descripción de los tipos propuestos en esos mismos años como tipos nacionales, la china y el ranchero, por ejemplo; se proponían igualmente describir la diversidad de los habitantes de la nación a través de la presentación de diferentes tipos nacionales representantes de las diferentes regiones que constituían la nueva república. Como señala Pérez Montfort (1997: 133), «todos ellos [los tipos costumbristas] –los generales, los nacionales y los locales–

aparecen en la iconografía –grabados, fotografías, cine–, en la literatura, los libros de viajes y desde luego en los estudios de costumbres y tradiciones».

Los tipos hispanoamericanos seleccionados para este trabajo son el jarocho y la jarocho, habitantes del estado de Veracruz y de su capital, ciudad floreciente tras la independencia mexicana, pues su puerto fue un lugar estratégico para el desarrollo comercial del país. Además, supuso que la localidad fuera zona de paso para muchos viajeros extranjeros y, también, nacionales.

Como se indicaba anteriormente, los principales textos del corpus que se van a analizar están en *El Museo Mexicano* (1843-1846), revista publicada en la Ciudad de México, capital del país con más movimiento cultural e imprentas. Esta publicación es representativa de las cabeceras que, desde el centro de la república, representaban, imaginaban, la geografía completa de la nación y los habitantes de sus respectivos departamentos. Además, con el propósito de dar un enfoque de contenido transatlántico, se ha ampliado el corpus con artículos o referencias a jarochos y jarochoas en otras dos revistas: *El Correo de Ultramar*, revista publicada en París y *El Mundo Militar. Panorama Universal*, editada en Madrid.

Los artículos seleccionados son representativos del imaginario que existía alrededor de un tipo costumbrista provincial. Para el estudio se tendrán en cuenta principalmente los textos de dos autores: uno nacido en Ciudad de México, Manuel Payno (Ciudad de México 1820 – San Ángel Tenanitla 1894); otro nacido en Veracruz, José María Esteva (Veracruz 1816 – Xalapa 1904), capital del departamento de los jarochos y veracruzanos. De esta forma se podrán contrastar las descripciones de los tipos teniendo en cuenta el origen de sus autores.

Se analizarán especialmente los textos publicados en *El Museo Mexicano*¹. Los dos primeros artículos son de costumbres: «Costumbres nacionales. El jarocho» (1843), que está escrito en verso, y «Costumbres nacionales. La jarochoita» (1844) por José María Esteva. Además, esta revista recoge el artículo «El Jarocho (Departamento de Veracruz)» (1844) de V., otro autor veracruzano, y «Un viaje a Veracruz, en el invierno de 1843. San Juan de Ulúa» (1844), un relato de viajes del mexicano Manuel Payno. De este último

¹ *El Museo Mexicano* fue una revista ilustrada «editada por Ignacio Cumplido, dirigida por Manuel Payno y Guillermo Prieto, quienes junto con otros literatos y litógrafos que ya habían trabajado en *El Mosaico Mexicano*, formaron un equipo que produjo una publicación netamente nacional, en la que el género costumbrista ocupó un lugar destacado» (Pérez Salas, 2005: 231-232). La revista tiene un claro espíritu nacionalizador, puesto que después de las independencias el pueblo mexicano necesita definirse para sentirse una nación individual, además, de distinguirse de otros estados.

autor también se incluye una novela corta, *María*, publicada en 1844². Se tendrá en cuenta igualmente «Un viaje en Medellín» de Ángel María Vélez, escritor nacido en Veracruz, publicado en la *Revista Científica y Literario*³. Asimismo, de entre las revistas no mexicanas se tendrá en cuenta el artículo «Veracruz» de 1862, publicado sin firma en *El Mundo Militar. Panorama Universal*⁴, y «Méjico», que apareció con la rúbrica P.B. en mismo año en *El Correo de Ultramar*⁵.

Antes de iniciar el análisis concreto de los textos se considera esencial tener en cuenta algunos precedentes de estos tipos que encontramos en los libros de viajeros extranjeros que contienen litografías. De esta forma se presentarán los antecedentes al tipo costumbrista creado por los mexicanos con el propósito de observar cómo los viajeros describían la población mexicana antes de que esta lo hiciera por sí misma y advertir las semejanzas y diferencias entre aquellos autores que describían al *otro* y los que se representan a sí mismos.

Para el análisis de los tipos del jarocho y de la jarocho se realizará un estudio en contraste tendiendo en cuenta desde su aspecto físico –rasgos físicos e indumentaria– pasando por sus costumbres y su caracterización moral, entendiendo que a menudo la apariencia de los tipos representa las cualidades o defectos morales.

² No se ha podido hallar la primera edición de esta novelita. Se ha consultado la edición de 1901.

³ La *Revista Científica y Literaria* forma parte del grupo de revistas ilustradas del siglo XIX de la década de los cuarenta impulsadas por el empeño de «afirmar y reafirma lo propio» (Pérez Salas, 2010: 394). Sus litografías fueron muy bien recibidas por el público, puesto que satisfacía «en gran medida las necesidades culturales de un sector de la población» (396). Además, «los redactores de la revista aspiraban a mejorar la condición del hombre, promover el progreso intelectual y facilitar la difusión de los conocimientos útiles, intentaron que en cada número hubiera variedad para evitar el fastidio y la monotonía» (402). De hecho, la revista nació después de *El Museo Mexicano* tras algunos desencuentros con el redactor jefe. Un colaborador habitual fue Manuel Payno.

⁴ La revista *El Mundo Militar* fue una publicación ilustrada madrileña que se editó entre 1859 y 1865. Se centraba en temática militar. No obstante, recogía artículos de materia general junto a litografías ilustrativas (*Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España*).

⁵ *El Correo de Ultramar: parte literaria é ilustrada* (1853-1874) pretendía ser «un vehículo de difusión de la cultura española en Europa y américa y una correa de transmisión de la literatura y noticias de Hispanoamérica al continente europeo y especialmente a España a través de Francia» (Gutiérrez Sebastián, 2017: 267).

LOS LIBROS DE VIAJES. VERACRUZ, JAROCHOS Y JAROCHAS

Los libros de viajes han sido perpetuamente considerados un género menor con relación a otras obras literarias como la poesía o la novelas (Gnisi en Martínez, 2008: 281). Sin embargo, son idóneos para descubrir el modo en que los viajeros observaban el nuevo territorio, en nuestro caso América Latina. Además, muchos de estos exploradores acompañaban sus textos con litografías⁶. El objetivo era poder mostrar al público lector lo que sus ojos habían visto durante sus recorridos por el país.

El famoso pintor y litógrafo Claudio Linati, que puso en funcionamiento la primera prensa litográfica mexicana, recoge en su obra *Costumes civils, militaires et religieux du Mexique* (1828) diferentes textos seguidos de litografías ilustrativas. El volumen se imprimió en Bruselas en 1828 y no se tradujo al español hasta 1956. Es más, no parece que circulara en México durante el siglo XIX (Aguilar Ochoa, 2000: 114). Linati recoge en su obra diferentes clases sociales del país. Amores (2021: 9) señala que en un primer momento puede parecer que describe y dibuja los tipos siguiendo un criterio objetivo. Sin embargo, se observa en los textos e imágenes «ciertos prejuicios (...) sobre las mexicanas» (2021: 9), puesto que se seguía haciendo una comparación con los referentes europeos. Además, se puede percibir el modo en el que Linati realiza una hipersexualización de la mujer hispanoamericana (Amores, 2021: 22). Un ejemplo de esta hipersexualización es la litografía de *Muchacha de Tehuantepec* (fig. 1) donde se pueden intuir debajo de la blanca mantilla los pezones de la joven. De hecho, en las *Tortilleras* una de las dos jóvenes muestra ambos senos mientras trabaja. También, se puede advertir que la primera joven está descalza, al igual que la *Muchacha de Tehuantepec*. Mostrar los pies desnudos para representar a las mujeres mexicanas es un recurso recurrente, puesto que en *Muchacha de Palenque* (fig. 2) y *Mujer de ciudad Rodrigo* también son representadas sin zapatos. Es más, se contempla en todas las litografías un entorno hostil e incluso bárbaro. El caso de *Muchacha de Palenque* es el más evidente, puesto que aparece una serpiente junto a los pies descalzos de la joven.

⁶ Las litografías se realizan mediante una práctica de impresión que conlleva dibujar sobre una piedra calcárea, a diferencia del grabado cuya base es la madera. María Esther Pérez Salas (1998: 186) apunta lo siguiente sobre las litografías mexicanas: «la producción de una colección de tipos en México no ocurrió de forma inmediata. La formación de literatos y litógrafos dentro del costumbrismo, que en 1845 ya había obtenido un considerable desarrollo dentro del subgénero integrando la descripción visual y literaria a los personajes mexicanos, no fue suficiente. Cabe destacar que en un principio los artículos de costumbres se publicaron sin ilustraciones, y paulatinamente se integró el trabajo plástico».



Fig. 1 Muchacha de Tehuantepec



Fig. 2 Muchacha de Palenque⁷

Por añadidura, se observa la representación de un hombre: *Negro de Veracruz* (fig. 4). En la litografía se representa un joven vestido de blanco con zapatos. Se puede destacar de su indumentaria dos elementos: un sombrero y una espada atada a la cintura, que puede connotar el talante belicoso del tipo. El joven no parece estar caracterizado con elementos peyorativos, como sí podría estarlo el *Aguador*, donde se descubre un ropaje desaliñado.

Por otro lado, Jean-Frédéric Waldeck en *Voyage pittoresque et archéologique dans la province d'Yucatan pendant les années 1834 y 1835* (1838) muestra una imagen de la región de Yucatán y Campeche y de sus habitantes llena de connotaciones negativas. Tampoco en este caso parece que la obra fuera muy conocida en México hasta hace pocos años debido al recelo que tienen los mexicanos hacia las imágenes negativas que pueda presentar un autor extranjero, pues «hay un rechazo a la obra y especialmente a las opiniones ofensivas al país pero no necesariamente a las imágenes» (Aguilar Ochoa, 2000: 122 y 126). Así, se puede encontrar en *El Museo Mexicano* la litografía *Costume des femmes métis a Merida* junto al artículo de Gondra, «La Meridana». Debe tenerse en cuenta que Waldeck utilizaba su imaginación y no realizaba sus imágenes de forma objetiva (Aguilar Ochoa, 2000: 125). Como en los casos anteriores, la joven de *Costume des femmes métis a Merida* y la de *Costume des femmes de Campèche* se encuentran nuevamente con los pies desnudos, aunque su imagen es recatada. De hecho, en el caso de la meridana su cabello negro está cubierto por una mantilla blanca.

⁷ Fig. 1 *Muchacha de Tehuantepec* y Fig. 2 *Muchacha de Palenque* aparecen en *Costumes civils, militaires et religieux du Mexique* (1828) de Claudio Linati.



Fig. 3 *Costume des femmes métis a Merida*⁸

Más interés tiene *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus intéressante du Mexique* (1836), de Carl Nebel para el propósito de este trabajo. El autor alemán retrata un país y ofrece una visión propia en clave romántica (Aguilar Ochoa, 2000, 131). No debe olvidarse, además, que también recoge sus ciudades y habitantes, ofreciendo una panorámica más realista y variada de México, como puede apreciarse en la reseña del volumen que publicó el *Diario del Gobierno* en noviembre de 1840:

Van acompañadas estas composiciones de todos aquellos accesorios más propios para reproducir en lo posible el cuadro de los trajes y las costumbres de este país, objeto siempre de la atención en la mente del autor. Hay otras láminas en fin, que se proponen más inmediatamente este último objeto, y que pueden denominarse de costumbres, puesto que en ellas se expresan trajes, maneras y personajes, enteramente característicos del país, habiéndose procurado en ellas combinar en lo posible la fidelidad histórica con la gracia de la composición. (cit. en Aguilar Ochoa, 2000: 130)

Estas láminas fueron de gran importancia para los mexicanos, ya que por primera vez se veían a sí mismos retratados como pueblo y nación (Aguilar Ochoa, 2000: 13). Nebel también inmortalizó a *Las tortilleras*. En su caso, aunque siguen teniendo los pies al descubierto, su pecho no queda visible. Por el contrario, los pies de *Las poblanas* y las

⁸ En Waldeck, *Voyage pittoresque et archéologique dans la province d'Yucatan pendant les années 1834 y 1835* (1838).

mujeres de *La mantilla* están cubiertos. Estas dos últimas litografías nos ofrecen más información sobre la indumentaria de la mujer mexicana de clase alta. Se las observa con peineta, siempre el cabello recogido, y también con coloridos vestidos. Además, en la mayoría de los casos su cabeza está cubierta por un rebozo blanco o una mantilla negra. Se las sitúa en la ciudad y no solamente en el campo rodeadas de barbarie como en las imágenes de Linati. Nebel también incluye representaciones masculinas en *Las poblanas* y *La mantilla*. Estos llevan sombrero, están calzados y se añade un elemento nuevo: el sarape, poncho habitualmente usado en México. Centrándonos más concretamente en el asunto de este trabajo, Nebel visitó e ilustró Veracruz (*Veracruz*), aunque no pintó a los pobladores que habitaban en esta región. La litografía sirvió para acompañar el artículo «Un viaje a Veracruz en el invierno de 1842» de Manuel Payno en *El Museo Mexicano* (Aguilar Ochoa (2000: 132).

El autor que sí inmortalizó a los habitantes de Veracruz fue Petros Pharamond Blanchard. Su obra fue desconocida durante mucho tiempo, pues se vinculó con la primera intervención francesa de 1828 en México (Aguilar Ochoa, 2018: 219). Blanchard plasma la diversidad de la zona, puesto que recoge tipos populares, escenas costumbristas y diferentes actividades que se realizaban en el puerto de Veracruz durante 1838. Este pintor desarrolla «una de las mejores series costumbristas y de tipos costumbristas mexicanos que se hicieron en el siglo XIX» (Aguilar Ochoa, 2018: 240). Por primera vez observamos que este artista francés se preocupa por pintar «diferentes tonalidades de piel» (242-243) como en *Negra fumando* (fig. 5) y *Mujer del puerto jarocho*.



Fig. 4 *Negro de Veracruz*



Fig. 5 *Negra fumando*⁹

⁹ Fig. 4 *Negro de Veracruz* litografía realizadas por Petros Pharamond Blanchard (1838) y Fig. 5 *Negra fumando* por Claudio Linati.

Blanchard muestra más interés por retratar a las mujeres y su vestimenta. La protagonista de *Negra fumando* (fig. 5) está descalza y aunque su escote es pronunciado no muestra los senos. Además, usa joyas, en este caso, pendientes. En cambio, la *Mujer del puerto jarocho* cubre su escote con una mantilla translúcida. También es importante destacar que ambas mujeres fuman. Por otra parte, el autor describe la indumentaria de los hombres de Veracruz, los jarochos:

un pantalón blanco en bella tela de algodón, abierto desde la mitad del muslo, una camisa plisada en torno el cuerpo; un gran sombrero de alas anchas hecho también de fieltro blanco y botas ricamente bordadas con “arabescos” de una firmeza extraordinaria: he aquí el traje de los elegantes en campaña. Casi todos están armados de machetes, que es una espada recta de una longitud media, que a más de servirles de defensa personal, también tiene la función para abrirse paso en medio de la maleza del bosque. (cit. en Aguilar Ochoa, 2018: 244)¹⁰

En *Familia veracruzana* (fig. 6) se puede observar que los tres miembros de la familia van vestidos de blanco y calzados. Los elementos más destacables son el sombrero de él, que ya habíamos visto en litografías anteriores como (fig. 4), y el rebozo rosa palo de ella. Este último es una prenda femenina mexicana, semejante a la mantilla española. Además, la veracruzana va ornamentada con joyería. Resulta curioso que la hija esté vestida del mismo modo que la madre incluyendo joyería, rebozo, peineta y abanico. Esto podría ser debido a una romantización por parte del pintor. Es más, las dos están retratadas con un tono de piel extremadamente blanco. En *Familia veracruzana* Blanchard está retratando a una familia de clase alta, distinta, como se verá, de los jarochos y las jarochas. Sin duda, el retrato que mejor representa a la jarocho de Blanchard es *Joven jarocho* (fig. 7). El viajero recoge lo siguiente sobre la vestimenta femenina:

el traje de las mujeres es de una gran simplicidad; una blusa escotada de manera increíble; una enagua blanca en el borde inferior, y el resto de azul índigo, las piernas y los pies desnudos, tal es el vestido habitual; cuando viaja ellas se cubren la cabeza con un chal o escarpe, nombrado rebosa, con dibujos de cuadros azules y blancos, de una tela ligera de

¹⁰ Traducción de Aguilar Ochoa del volumen de P. Blanchard y A. Dauzats, *San Juan de Ulúa: ou relation de l'expédition française au Mexique sous les ordres de M. Le Comte Amiral Baudin; par MM. P. Blanchard et A. Dauzats. Suivi des notes et documents et d'un aperçu général sur l'état actuel du Texas par M. E. Maissin, lieutenant de vaisseau, aide-de-camp de l'amiral Baudin* (1839). Véase Aguilar Ochoa, (2018: 216).

lana o de algodón; ellas se envuelven graciosamente en los pliegues de su rebozo. (trad. y cit. en Aguilar Ochoa, 2018: 246).

Otra novedad que aporta Blanchard es la imagen de la jarocho con sombrero en *Fandango jarocho*. De esta litografía se debe destacar la mujer en primer plano amamantando a su criatura. Es asimismo interesante que no se realice una sexualización, sino que se muestre a la jarocho en su papel de madre, al igual que se hace en *Mujeres en el interior de una casa*.



Fig. 6 *Familia veracruzana*

Fig. 7 *Joven jarocho*¹¹

De entre los viajeros Ricardo Pérez Montfort (1997: 143) reproduce las palabras de otro viajero francés, Ernest Vigneaux en 1855: «El jarocho es el campesino de la provincia de Veracruz; es las más veces, una mezcla de tres razas conocidas: la blanca, la roja y la negra, y de este extraño cruzamiento ha resultado, bajo el fuego de Cáncer, una sangre de lava en ebullición, en un cuerpo formado por músculos de acero» (cit. en Pérez Monfort, 1997: 143). El hecho de señalar continuamente que la raza del jarocho no es puramente blanca, es decir, europea servía para discriminarlo de las élites mexicanas. Se alude a que la estirpe jarocho es una combinación de la sangre europea, india y negra. Por un lado, la raíz india es evidente, puesto que podían ser descendientes de algunas comunidades indígenas. Por otro lado, la casta negra proviene de los esclavos liberados. La agricultura fue muy productiva en la zona de Veracruz y el sistema de esclavitud dejó de ser rentable.

¹¹ Fig. 6 *Familia veracruzana* y Fig. 7 *Joven jarocho* son litografías realizadas por Petros Pharamond Blanchard (1838).

Por lo tanto, muchos de estos esclavos pasaron a ser trabajadores asalariados y libres, es decir, jarocho. El mismo viajero también señala, como resume Pérez Montfort, que «El jarocho recoge todo lo que la naturaleza produce sin mucha ayuda dentro de la cerca que rodea su cabaña, porque no es muy inclinado al trabajo» (1997: 143).

Otro viajero que visitó la zona de Veracruz fue Joseph Duplessis, autor de *Un Monde inconnu* (1855) que señaló el carácter belicoso de los hombres jarocho, a la vez que apunta su origen de raza negra y su similitud con los andaluces:

estos negros, conocidos en Veracruz con el nombre de *jarocho*, tienen una detestable reputación entre la clase acomodada y los negociantes; pero entre el pueblo contrario, son respetados, ejerciendo una especie de tiranía que les permite solicitar á las muchachas más jóvenes y bonitas. Estos jarocho además tienen cierto gracejo parecido á la gracia andaluza, campando por sus respetos en las contiendas que terminan á navajadas ó puñaladas. (Duplessis, 1861: 8)¹²

También José Zorrilla en *La flor de los recuerdos*, a propósito de su viaje a Veracruz, advierte que Esteva señala la semejanza que existe entre el jarocho y el andaluz (cit. en Dowling 2016: 528): «Esteva (...) bajo el seudónimo de “un jarocho veracruzano” –un “jarocho” es un “carácter” comparable con el majo bravucón andaluz».

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA PALABRA ‘JAROCHO’

Como se ha avanzado en las páginas anteriores, a pesar de que en la actualidad ‘Jarocho’ es el gentilicio que se utiliza para identificar los habitantes de Veracruz (México), esa acepción no fue siempre la misma. El *Diccionario de Americanismo* de Francisco J. Santamaría recogía en 1942 ‘Jarocho, jarocho’ como «1. Históricamente campesino de la costa de Veracruz, principalmente de la región de Sotavento, en Méjico, por lo común buen jinete como el charro en el interior de la República. 2. Por antonomasia habitante del puerto de Veracruz (La acepción ha caído en desuso)» (cit. en Pérez Monfort, 1997: 137).

¹² Respeto la ortografía del texto original.

Este investigador también advierte que la palabra se ha utilizado con cierto tono de desprecio por parte de los extranjeros a esta región y destaca lo siguiente: «*Jarocho*, antes que gentilicio típico de los veracruzanos en general, parecía ser un calificativo limitado al uso de aquellos pobladores de la sotaventina (...) concretamente a los sectores campesinos y populares de dicha zona». Es decir, el término ‘jarocho’ se atribuye a los habitantes pertenecientes a las clases populares y que habitan Veracruz o Sotavento –, lugar donde azotan los vientos. También, lo señala Hernández-Cuevas (2004: 78) cuando expone que «la confusión que borra la parte africana del mexicano y su cultura se produce de la siguiente manera. La palabra “mestizo” que hasta principios del siglo XIX efectivamente se refiriera a la mezcla del español e india, extiende su significado terminada la Guerra de Independencia».

Debe tenerse en cuenta que los tipos costumbristas surgieron en la primera mitad del siglo XIX a raíz de la necesidad de crear una identidad propia y durante la segunda mitad de ese mismo siglo fue cuando estos arquetipos se consolidaron como «referencia local frente a las ambiciones externas, lo mismo que como recurso de identidad regional y elemento central del discurso legitimador de los grupos en el poder» (Pérez Montfort 1997: 136). También, Leonel Durán (cit. en Pérez Montfort 1997: 136) expone que estos jarochos de origen mestizo sufrieron «un proceso de búsqueda de identidad, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, que es cuando se desarrollan los primeros planteamientos de las características de una ‘cultura nacional’ como proyecto de las clases ascendentes». Pérez Montfort (1997: 134) aduce también que Francisco Rivera Ávila «describe el danzón y sus alrededores como algo íntimamente ligado al “alma popular” jarocho».

Efectivamente, fue durante esta etapa cuando se fijó en la prensa una de las costumbres más estereotipadas de los jarochos: su gusto por la danza. De hecho, Francisco Rivera Ávila (cit. en Pérez Montfort 1997: 134) señala que «los negros, si nos atenemos a este testimonio, eran el alma de la fiesta jarocho, del llamado “tango” o “fandango” y, por lo tanto, personajes centrales de la que sería una de las costumbres características del *jarocho*» (1997: 140). V. (1844: 60) se detiene a describir el baile típico jarocho:

Una jarocho bailando tiene por cortesía que recibir y poner en su cabeza el primer sombrero que le dan en la mano: si otro galan le presenta el suyo, se quita el anterior para dejarse ambos en las mano; pero cuando un galan tiene interes en que su sombrero esté

supiritando, le da otro de algun amigo, y éste va á la cabeza; en seguida una banda encarnada, regularmente se la cruza por sobre el hombre, y le forma una rosa en el costado; el competidor hace lo mismo: pañuelos y hasta el machete forman los adornos de la beldad que está zapateando: los espectadores forman corrillos y se adhieren al parido que mas les agrada (...) la música toca rasgando, en señal del contento que causa una competencia que alegra el fandango; cantan los músicos sus versos indiferentes.



Petros Pharamond Blanchard, *Fandango jarocho*, 1838

En suma, se debe diferenciar entre los jarochos que pertenecen a las clases populares y los veracruzanos que se corresponden a los habitantes de Veracruz pertenecientes a las clases más altas o a la burguesía. Como señala Pérez Montfort (1997: 145):

La diferencia entre “veracruzanos” y “jarochos” fue particularmente clara en las crónicas costumbristas de figurones como Manuel Payno y Guillermo Prieto. Influidos por las descripciones del conservador José María Esteva, los escritores se referían a los “veracruzanos” como aquéllos que tenían sangre europea y a los “jarochos” como aquéllos que eran mezcla de indio con negro, quizá con alguna “pintita” de blanco.

LOS JAROCHOS

ASPECTO FÍSICO, INDUMENTARIA Y COSTUMBRES

El aspecto físico y la indumentaria es parte esencial en la construcción de los tipos sociales. El color de su piel, los rasgos faciales, las prendas que cubren los cuerpos, los objetos que acompañan a las figuras adquieren una significación determinante, pues trasciende lo meramente denotativo.

El veracruzano José María Esteva describe una escena costumbrista en la que un jarocho intenta seducir a una «jarochita» (Esteva, 1843: 368). Al inicio del poema se menciona que el jarocho «hace oficio de vaquero», es decir, cuida del ganado. Asimismo, V. (1844: 62) señala que tiene un dialecto particular, es decir, que su habla es distinta a la de otras zonas del país: «con sus términos técnicos en jarocho, y una mezcla de palabras las mas burdas y las mas finas del idioma de Castilla, aplicadas de una manera particular, para cuya inteligencia es preciso la costumbre de oírlas, ya que no puede haber un vocabulario apropiado».

Además, en su apariencia física se puede observar que son distintos a sus compatriotas: «ésa independencia y afecto a los montes y lugares abiertos, aunque no huyen del trato y la sociedad, revelan que los jarochos pertenecen a una raza diferente de la general en la república»¹³, puesto que son «robustos, bien formados, con barba poblada y de un color claro, generalmente parecen descendientes de gitanos, que conservan un remedo de las costumbres de aquellos (aunque no su industria ni su sagacidad) mezcladas con las del campesino de Andalucía» (V., 1844: 62).

Sin embargo, el mexicano Payno (1844: 542) describe la apariencia de los jóvenes de Veracruz, «la guardia joven», de la siguiente manera: «inteligentes, de bella figura y finísima educación, que pertenecen á las principales familias de Veracruz, así son los primeros en todas las empresas de broma y de alegoría». Es más, Payno expresa que: «el sentimiento de las artes y de la poesía está tan desarrollado» (1844: 542).

Mientras que José María Esteva y Vélez describen al jarocho perteneciente a las clases populares, Payno, en su viaje a Veracruz frecuenta las clases altas veracruzanas, a los criollos, que lo acogen en su sociedad. Como se ha señalado previamente, entre los jarochos y los veracruzanos existe una diferencia de carácter social, siendo los jarochos la clase popular.

¹³ Respeto la ortografía del texto original.



Fig. 8 *El Jarrocho de las cercanías de Veracruz*¹⁴

Algunos de los textos estudiados también se refieren a la indumentaria concreta del jarrocho. Así, Esteva (1843: 368) describe brevemente su vestimenta: «Calzon de pana ajustado / Hasta media pantorrilla, / Con medios lleva abrochado; / Sombrero de medio lado, / Con espejos su toquilla».

Es importante destacar que esta descripción coincide con la representación litográfica del jarrocho en el artículo de V. (1844) (fig. 8). El mismo autor alude al elemento más característico del hombre de Veracruz: el machete (fig. 8), «Amigo de lucir en el ejercicio del machete, y dotados de una agilidad particular para evitar los golpes del contrario por los escapes del cuerpo, mas que por conocimientos del arte de la esgrima» (V., 1844: 60). También lo hace Vélez (1845: 99): «cuatro jarochos con machete a la cintura, cada uno colgada de un enorme puro de Orizava». V. (1844: 62) señala que su traje tiene un parecido con la vestimenta de los campesinos andaluces, «de quienes se les observan algunos usos, y cuyo trage parodian». Se observa cierto matiz peyorativo en esta comparación con el andaluz, puesto que los jarochos parodian sus ropajes y, por lo tanto, parece considerarlos menos auténticos.

Por otro lado, en la revista parisina *El Correo de Ultramar* P.B. (1862: 152) describe el sombrero del jarrocho: «El ancho sombrero que llevan con mucha gracia, está rodeado en la base de la forma con un cordon de cuentas arrollado que representará, a mi juicio, la serpiente de los Aztecas», este será otro elemento inherente del jarrocho, ya que en la mayoría de las litografías aparece con sombrero (figs. 4, 6 y 8).

¹⁴ Litografía que ilustra el artículo de V. (1844), «Trajes y costumbres nacionales. El Jarrocho (Departamento de Veracruz)», *El Museo Mexicano*, vol. IV, pp. 60-62.



Fig. 9 *Tipos mejicanos*¹⁵

CARACTERIZACIÓN MORAL

Respecto de la índole moral de los jarochos, los artículos muestran una cierta unanimidad: su carácter y descripción física son un reflejo de su conformación moral. José María Esteva (1843) define como lento el paso del jarocho, por lo tanto, es un hombre tranquilo, incluso se podría decir que perezoso. V. (844) advierte que el jarocho prefiere dedicarse a los animales antes que, al campo, puesto que es menos cansado. También rehúsa oficios como el de militar o marinero, aunque subraya que tiene «inclinación á la guerra y á la mar» (V., 1844: 60). Por lo tanto, destaca su carácter hogareño y desahogado.

Por añadidura, el caballo es otro elemento que los define, «es el amigo íntimo del jarocho, es el objeto que mas estima despues del machete» (V., 1844: 62). El jarocho es capaz de montar al caballo sin zapatos, son jinetes rudos. Además, no dudan en usar su cuchillo cuando consideran que su honor ha sido dañado: «el jarocho tiene un machete á la cintura, afilado, listo y cuidado más que la persona, más que la dama de sus pensamientos» (V., 1844: 60). Ese carácter belicoso se refleja en su indumentaria, como se ha visto, puesto que el machete lo distingue de los otros habitantes de la república. Asimismo, la pelea no es algo excepcional para ellos, ya que la mayoría de las fiestas y bailes (fig. 9) suelen terminar en riña: «Suele suspenderse la diversion mientras dura el combate, si es cerca; pero generalmente se continúa mirando el lance con indiferencia, como cosa muy comun». Según los textos analizados, el jarocho presenta cierta afección

¹⁵ Se trata de una litografía que ilustra el artículo de P.B. sobre «Méjico» en *El Correo de Ultramar*. A pesar de que el texto no indique que esta escena reproduce un baile jarocho, nos ha parecido interesante como representación de un ambiente mexicano festivo.

por las peleas innecesarias: «Yo soy hombre muy cabal / Y que venga mi rival, / Que aquí verá quien soy yo» (Esteva, 1843: 369), aunque, en este poema de Esteva, finalmente, cuando llega el prometido de la «jaroquita», se marcha sin decir nada más.

Además de su atracción por las riñas, los jarochos son aficionados a los juegos de azar: «la gente se encuentra rodeada de una mesa, con el corazón dando saltos, y los ojos fijos sobre una baraja (...) aficionado al juego de naipes» (V., 1844: 61-62). El mismo autor señala que «estos juegos forman su ocupación favorita en los encuentros que tienen con sus camaradas» (1844: 60). Como puede apreciarse V. hace una descripción del tipo, pero no parece ser prescriptivo, puesto que vincula al jarocho con actitudes poco decorosas. Asimismo, el autor, recordemos que nacido en Veracruz, señala que «ojalá y se desterrara también la de la hacerse justicia cada cual por su mano; habría menos crímenes entre esta gente bárbara» (1844: 62).

Por otra parte, V. (1844: 60) manifiesta el honor que representa para el jarocho morir en combate o en una pelea: «Esa es la prueba mayor del saber jarocho, cuando se habla del que murió combatiendo, que es un lance frecuente en el campo». Esta realidad está también representada en la ficción. Un buen ejemplo que sirve para dar una función prescriptiva al tipo es *María* de Payno. En la narración el padre de María es un jarocho que muere en batalla: «murió peleando por su país como un héroe; pero murió soldado» (1901: 6). Por lo tanto, aunque se caracteriza al jarocho como un hombre perezoso, no lo es cuando se trata de defender su honra o la de su país.

Por lo que concierne a las relaciones amorosas, el jarocho se caracteriza por ser un hombre celoso. Así lo hace constar Esteva (1843). Es más, lo mismo hace V. (1844) cuando manifiesta que son «hombres tan enamorados como celosos» (V., 1844: 60).

Por otro lado, el jarocho es sobrio en sus comidas y aseado, tal y como señala V. (1844: 62), incluso llama «blancos» a los ciudadanos decentes. También es

galante con las mujeres de su clase, sin aspirar a más altura; grave en su semblante, franco en su trato, bullicioso con sus iguales, amigo de bailes, música, romances y versos (...) poco trabajador; enemigo del robo; amante de su país o de su casa (...) rutinero y poco industrioso: tal es el carácter general del verdadero jarocho; vive arreglado a la máxima de los apóstoles, buscando el pan de cada día, y nada más (...) vive el jarocho sin más afanes que los que le causan sus duelos y pendencias, y muere en una de ellas, cubierto de gloria a su modo: su creencia está llena de supersticiones, brujas, encantos, talismanes, duendes, y almas en pena, maravillas y sortilegios; todo es de fé para él.

De esta cita se puede apreciar que los jarochos no son en absoluto ambiciosos, no buscan el ascenso social, únicamente aspiran a casarse con alguien de su misma clase social. También, se destacan de nuevo por su patriotismo y su honradez. Su disposición para la pelea no riñe con su lealtad y moralidad.

Finalmente, y desde la perspectiva transatlántica, P. B en *El Correo de Ultramar* (1862: 151-53) apunta que los jarochos «llevan en la chaqueta y en sus anchos pantalones el valor de muchos miles de francos en botones de oro o de plata (...) el jarocho representa verdaderamente el rey de las selvas (...) desafía y vence todos los peligros, gracias a su machete, y sobre todo a su presencia de ánimo que no le abandona nunca». Por lo tanto, la valentía de los hombres veracruzanos es célebre.

En relación con los veracruzanos, no los jarochos, el mexicano Payno (1844: 542) señala que son merecedores del puesto que ocupan dentro de la república mexicana. Además, alaba el amor que sienten por México. Son unos buenos patriotas y «así los hombres como las mugeres, son tan dignas de nuestro cariño, y á quienes positivamente vemos como si hubieran nacido en nuestro risueño y frondoso valle de México» (Payno, 1844: 543). No obstante, aunque pueda parecer que Payno sitúa al veracruzano como un igual, finalmente manifiesta la superioridad de México frente a Veracruz. Mejía Galeana (2012: 6) señala que Payno «inventa una “mirada” sobre la nación que busca clasificar y ordenador los objetos que la construyen». Para este investigador, las crónicas de viajes de Payno «no deben leerse solo como la labor de un anticuario que pretende preservar la herencia histórica sino como propuestas de las imágenes en torno a la cuales debía concebirse y fundarse la nación». Es decir, Payno tiene una clara intención de prescripción (2012: 25).

LAS JAROCHAS

ASPECTO FÍSICO, INDUMENTARIA Y COSTUMBRES

Como señala Beatriz Ferrús (2021: 4), ante la necesidad de los mexicanos de crear «una idea de “mexicanidad” para consolidar el artefacto cultural que sostuviera a la joven república, «la mujer fue vista como guardiana simbólica de la nación, madre del futuro ciudadano y guía en sus primeros años, sostén del marido, símbolo de las virtudes patrias,

pero siempre excluida de la colaboración activa en el devenir nacional». En consecuencia, la jarocho se convierte en un tipo fundamental, puesto que representa a los habitantes de una región del país. El autor veracruzano José María Esteva (1844: 234) presenta a la jarocho de la siguiente manera: «Son sus ojos negros y un tanto picarescos; su cintura delgada y esbelta como las palmetas de su país, á cuya escasa sombra suele descansar. Es negro su pelo como el azabache; sus formas torneadas, y rosado el color de su cútis (...) Una de esas mugeres bonitas y graciosas». Por lo tanto, desde el principio se destaca la belleza de las jarocho y su buena figura; también, se alude a que son hacendosas. Es más, se muestra que su color de piel es rosado, cuando en la descripción del jarocho se menciona de forma constante la mezcla de su raza. Pérez Montfort apunta que existe una actitud racista que «insistía en el reconocimiento de la belleza que el ingrediente negro añadía a las mujeres de la zona» (1997: 144). Es más, la raza negra se vincula con la coquetería (Pérez Montfort, 1997: 148) y aquí lo veríamos en los «ojos negros y un tanto picarescos».

Desde una perspectiva transatlántica P. B en *El Correo de Ultramar* (1862: 154) también expone: «Mestizas regularmente, esto es, nacidas de indias y de blancos, su cutis se acerca un poco al bronceado florentino. Vivas y graciosas, deben á la mezcla de las dos razas la inteligencia del europeo y la pureza de formas que distingue á las razas primitivas». El autor considera a la jarocho de una clase superior por su aparente tono de piel pálido y por su raíz europea. Por otro lado, Esteva (1843: 368) observa que la belleza de la jarocho es notable, aunque sea morena: «Levanta la cabeza / Mostraba al nadar, serena / Tanto garbo y gentileza, / Que si no fuera morena / Fuera romana belleza».

Pérez Montfort (1997: 150) señala que «en la consolidación del estereotipo jarocho las raíces indígenas, que en el siglo XIX formaron parte central de la descripción del mismo, vivieron cierto ninguneo de parte de los “folcloristas” o estudio de costumbres». En otras palabras, los autores obviaron la mezcla de razas para darle al jarocho un estatus superior.

Avanzando en los rasgos físicos de las jarocho, José María Esteva señala un componente muy particular dentro de la descripción del tipo: «sus menudos piés» (1866: 234). A lo largo de los diferentes artículos de costumbres se ha hallado menciones a los pies de la mujer veracruzana. Esta presencia se puede deber al objetivo de los diferentes autores de describir la jarocho como una mujer aseada y refinada. La descripción de la fisionomía de Manuel Payno (1844: 543) no se aleja mucho de la que hace el veracruzano: «sus ojos juveniles y radiantes son la luz de los teatros; su voz angélica y sonora la música

de los festines; sus rostros apacibles y sus sonrisas de amor, mas gratas que el viento matutino». Es más, su explicación parece tener un tono más romántico o idealista. Debe tenerse en cuenta que Payno está convencido de que «existe una relación moral con la higiene» (Arnaud, 2006: 198). En otras palabras, para el autor la honradez de la jarocha está estrechamente vinculada con su pulcritud.

Asimismo, Payno lleva a la jarocha a la ficción mediante *María*. En este relato se describe a Dorotea, la madre de María: «La madre era alta gruesa y vigorosa: cuarenta primaveras que habían rodado por su cabeza, no la habían despojado de aquel semblante agradable y majestuoso, en que se trasluce una belleza devastada por el contacto de los años. Dotada de una alma enérgica, de un esfuerzo varonil y de una virtud del corazón (...) Dorotea era veracruzana» (1901: 4-5). En la obra también se describe a María: «Veinte años, talle airoso, faz rosada, ojos negros, pie pulido: virtud, sencillez, inocencia: belleza en el cuerpo; belleza en el alma (...) María había nacido en el país de las flores, en el Edén mexicano. –María era jalapeña» (1901: 5).



Fig. 10 *La jarochita*¹⁶

El traje de la jarocha deberá ser resplandeciente, pero no ostentoso, puesto que contiene los valores de la nación mexicana. Se debe tener en cuenta que la vestimenta que se

¹⁶ Litografía de Joaquín Heredia que ilustra el artículo de José María Esteva, «Costumbres y trajes nacionales. La jarochita», *El Museo Mexicano*, vol. III, pp. 234-236. Un año antes Esteva había descrito la vestimenta de la jarocha del mismo modo en José María Esteva (1843), «Costumbres nacionales. El jarochito», *El Museo Mexicano*, vol. II, pp. 368-369: «Con su camisa de olán / Y con su celeste enagua».

describe en los artículos no corresponde verdaderamente con el atuendo jarocho. En otras palabras, se reseña a la jarocho con sus mejores ropajes, que lucirían en ocasiones especiales. Ricardo Pérez Montfort sostiene que existe una voluntad clara de blanquear la imagen de la mujer jarocho, un afán que no se encuentra en la descripción del jarocho:

La aceptación del atuendo estereotípico de la jarocho remitía, sobre todo, a los vestidos de gala peninsulares que ostentaban las “veracruzanas” aristócratas –que no las jarochas– de la segunda mitad del siglo pasado. De esta manera, se intentó “blanquear” la imagen del jarocho al grado incluso de restarle importancia a su connotación popular. Sin embargo, “lo negro” se resistía a abandonar el estereotipo y quedaba como marca indeleble a la hora de referirse a los *jarochos*. (Pérez Monfort, 1997: 150-151)

Esteva (1844) describe la indumentaria de la fémina de Veracruz: «una muger con sus enaguas celestes, con su finísima camisa de olan llena de encages, con su pelo negro suelto sobre la espalda (...) agrada mucho el estremado aseo que se nota en toda su persona» (Esteva, 1866: 234). La descripción acompaña la imagen en cuanto a la ropa, sin embargo, el artículo detalla un cabello oscuro suelto, aunque la jarocho retratada tiene su cabello recogido. Esto podría ser debido a que el trabajoso peinado de la jarocho se realiza únicamente en ocasiones especiales. Además, de nuevo se retoma la higiene de la jarocho. También, recoge este dato Vélez (1845: 98): «Las jarochoitas estaban vestidas con mucho aseo» (Vélez, 1845: 98). Pérez Salas (2005: 6) declara que «A pesar de la modestia de sus trajes, éstos son representados limpios y bien arreglados; en el caso de las figuras femeninas se destaca su belleza y pulcritud, tanto en la imagen como en el texto».

José María Esteva (1844: 234) realiza una descripción más detallada donde incluye elementos más concretos sobre el original traje de la jarocho:

Una enagua de musolina blanca ó azul con anchos olanes del mismo género; una camisa de olan batista con grandes bordados en la maga y encages que le llegan hasta el codo; una pañoleta blanca y finísima con que cubren su turgente seno; unas medias de seda caladas y un gracioso calzado forma la parte principal de su vestido. Son profusas en adonarse, y algunas he visto yo, con dos ó tres rosarios de oro y corales, pendientes de su cuello, aunque lo regular es que llevan uno que les cueste de cincuenta á cien pesos, con una hermosa cruz calda de oro. Su peinado es sencillo. Dan vuelta sobre la cabeza á sus trenzas, las cuales vienen á unirse en la parte superior con un hermoso moño de cinta de

grasa encarnada, azul ó amarilla, dejando á la vista, por atrás, el hermoso cachirulo (...) peinaditas adornadas tambien de oro macizo, las cuales cubren casi enteramente el pelo de la hermosa. Algunas prenden tambien hermosos cocuyos de su seno y en su cabeza.

En este fragmento se destaca el modo en el que Esteva, autor veracruzano, describe lo recatado que es su ropaje, puesto que señala que cubre su seno. Al contrario que en otras litografías que se han recogido anteriormente (fig. 1 y 5). Además, no se dibuja únicamente sus zapatos, sino que también lleva «medias de seda». También se destacan elementos religiosos, de manera que, a partir de su indumentaria se puede percibir que la jarocho es una cristiana devota. Es más, estos objetos religiosos pueden ser de oro, por lo tanto, la jarocho no pertenece a la clase más baja. En esta parte sí que describe el peinado que la mujer lleva en la litografía. Este peinado consta de dos trenzas enlazadas entre sí formando un rodete y adornado un cachirulo¹⁷. De hecho, se traza a la jarocho como una mujer pudiente, no únicamente por los rosarios, sino que se observa que posee joyas.

Ángel María Vélez (1845: 98) también se detiene a reseñar este traje regional y no difiere demasiado con Esteva:

mi observación resultaba que me parecian mas cómodas y mas graciosas las señoritas con sus camisas de olan batista cerradas con ricas randas y guarnecidas de encages las mangas; ámplias enaguas de muselina, no tan largas como los vestidos de moda que se inventaron allá donde los pies se miden por varas (...) un término medio que liberta de la molestia de barrer y ensuciar el calzado, aunque éste se reduce comúnmente á solo el zapato: el peinado es compuesto de dos trenzas, que abrazando el cachirulo de oro y perlas, se ligan sobre la cabeza con una cinta de color vivo, quedando sobre la juntura del hueso frontal un moño gracioso: á los lados sujetan el pelo otras peinetas menores, tambien guarnecidas de oro, y en sus cantos se colocan los olorosos zúchiles y jazmines (...) un abanico en la mano, completa el arréo de la persona que quiere seguir el uso del país donde ha ido a divertirse.

El abanico como elemento típico de la jarocho es muy destacable, puesto que también se recoge en la revista madrileña *El Mundo Militar*: «mirando lánguidamente a los que pasan por la calle, al través del varillaje del ancho abanico con que aparentan cubrir el rostro»

¹⁷ Este adorno se puede contemplar de una forma más óptima en la fig. 7.

(1862: 19). Es más, en la ilustración que acompaña el texto de Esteva se retrata a la jarocho con un abanico, aunque el autor no alude a él en la descripción.

También en *El Mundo Militar* (1862: 19) se alude al peinado típico de las «bellezas veracruzanas. Allí pueden ser vistas á todas horas del dia, peinando sus negras trenzas, echando humo de algun aromático chicote. Igualmente, desde una perspectiva transatlántica en *El Correo de Ultramar* P. B (1862: 153) señala, al contrario que Esteva, que a pesar de que las mujeres llevan «rebozo ó rebocillo» no cubren su escote: «camisa de fina tela blanca, adornada con un elegante bordado de color, apenas está sostenida sobre sus hombros. Los brazos desnudos. Un rebozo ó rebocillo de armoniosos colores cubre su cabeza colgando graciosamente su pecho que apenas oculta» (1862: 153-154).



Fig. 12 *La fuente de la Cascada*¹⁸

Por lo tanto, se puede observar en los autores forasteros a Veracruz una cierta tendencia en sexualizar a la jarocho. Esto se observó con anterioridad en las litografías de los libros de viajes, pero también en las propias obras costumbristas los autores extranjeros dibujan una jarocho sugerente, mientras que Esteva, autor jarocho, muestra una jarocho casta que se cubre el pecho con su característico manto. De hecho, en la litografía que acompaña el artículo de Esteva (fig. 10) la mujer sí se cubre el escote. Asimismo, la jarocho siempre

¹⁸ En P.B. (1862), «Méjico», *El Correo de Ultramar*, vol. XIX, n° 478, pp. 151-154. No obstante, esta litografía se recoge previamente en *México y sus alrededores, de Castro y Campillo* (México, 1858). La escena recoge la fuente de la Cascada ubicada en Ciudad de México.

se la representa con el manto (fig. 6, 7, 9 y 10) o rebozo, el primero a diferencia del segundo cubre también la cabeza y el cabello (fig. 12).

CARACTERIZACIÓN MORAL

Las semblanzas morales que se recogen en los artículos estudiados refrendan lo sugerido en las descripciones físicas de las jarochas. Se muestra sociable y amigable, pero no demasiado, puesto que sería inadecuado. Además, se menciona de manera persistente el aseo, no únicamente en su persona, sino que también en su hogar. Por lo tanto, la jarocho representa el arquetipo del ángel del hogar.

regularmente graciosa, amable con los estraños, y en extremo tierna y condescendiente con su marido. Hacendosa y trabajadora, se ocupa durante el día de los quehaceres de su casa (...) Ella barre y asea diaramiente su casa, lava y cose la ropa de su marido (...) ella tiene cuidado de encerrar las vacas en el corral, de ordeñarlas, de desatar á la yegua maniatada para que pueda pacer libremente en el campo, y de otras mil cosas impropias en las personas de su secso (Esteva, 1844: 234)

Este trabajo no viene únicamente dado por su condición de ángel del hogar, sino que además se le añade la caracterización poco cumplidora de su marido, el jarocho. La jarocho se contrapone constantemente con el jarocho, calificado como se señaló anteriormente por ser «flojo» y «apático» (Esteva, 1844: 234).

Se observa que la jarocho se muestra devota y vive acorde a su condición de católica: «La jarochita siendo buena cristiana, no tiene esas preocupaciones en que desgraciadamente vive la clase indígena de nuestro país (...) Ella se casa, vive y muere como la mayor parte de nuestra gente del campo, y como la mayor parte de nuestra gente de campo tiene la costumbre de hacer esas fiestas salvages á las que llaman velorios» (Esteva, 1844: 235). En este único caso, Esteva, autor veracruzano, muestra disconformidad ante los velatorios propios de la comunidad jarocho.

Por otro lado, al igual que el jarocho, la jarocho se muestra celosa en los bailes: «se dan de este modo sus celos, sus citas y hasta se declaran sus amores» (Esteva, 1866: 235). También, V. (1844: 60) expone la faceta crítica de la jarocho: «las mugeres critican

según el celo ó la envidia que tienen». Sin embargo, esto no se puede señalar como un aspecto negativo dentro de la caracterización de la mujer en el siglo XIX.

No es sorprendente que el autor veracruzano trace a la jarocho como un ángel del hogar perfecto y devoto, unos rasgos que comparte con las veracruzanas, según describe Payno en relato de viajes (1844).

CONCLUSIONES

En la segunda mitad del siglo XIX la población mexicana tuvo el menester de pronunciarse como una nueva nación. Por este motivo se detuvieron a observarse y a distinguir que partes de sus costumbres querían proyectar al mundo. No obstante, antes de que dieran este paso algunos viajeros ya los habían retratado en sus libros de viajes. En sus descripciones y litografías se podía hallar ciertos matices peyorativos como se han observado en el álbum de Linati y, en mayor parte, en el volumen de Waldeck. Sin embargo, otros autores como Blanchard y Nebel recopilaron las características fundamentales de los tipos costumbristas mexicanos, prestándoles una mayor atención e interés, no sin caer en algunos tópicos o sexualizaciones hacia la población femenina.

Poco después los artículos de costumbres escritos por autores mexicanos se ocuparon de mostrar su propia concepción de los tipos del jarocho y la jarocho. En la mayoría de los títulos se describe al jarocho como un hombre de acción, pero nunca en su sentido hacendoso. El jarocho se comporta de manera agresiva por motivos de honor o de juego. Esta actitud bélica queda retratada en su vestimenta, puesto que su elemento más característico a parte del sombrero es el machete. También se le retrata como un sujeto holgazán. En cambio, se le traza de manera tranquila respecto al amor y la hacienda, también es desinteresado. Los autores veracruzanos, como Esteva, y los forasteros coinciden en la mayoría de los rasgos propios del jarocho.

En cambio, la jarocho es descrita con los atributos más honrados y pudorosos. Mientras que el jarocho es perezoso, la jarocho es infatigable. Administra de la hacienda, el ganado y los hijos, es la encarnación del ángel del hogar. Realiza las tareas propias de una mujer del siglo XIX, pero también las del hombre, ya que el jarocho prefiere las labores agrícolas que son de menor pesadumbre.

Asimismo, el elemento que caracteriza a la jarocho por excelencia es el manto con el que cubre su torso y parte de la cabeza. Algunos extranjeros, como P. B, destacan que la jarocho lleva al descubierto el escote. Sin embargo, y nuevamente el veracruzano Esteva la traza con suma castidad, envuelta en su bello manto. De hecho, que la jarocho se cubra refleja su fe, puesto que además de un ángel del hogar, la jarocho es una devota católica.

En suma, el mayor contraste que se observa entre el jarocho y la jarocho es que mientras que ella debe asumir todas las obligaciones y encarnar el papel del ángel del hogar, el jarocho se puede acomodar en un segundo plano y gozar de algunos vicios. Esto no significa que el modelo del jarocho sea únicamente descriptivo y poco prescriptivo, sino que su responsabilidad es menor. El jarocho también se caracteriza con elementos honrados, pero la carga integral de la nación reposa sobre los hombros de la jarochita.

Finalmente, la mayor diferencia que existe entre los artículos escritos por autores de Ciudad de México y los de Veracruz reside en su finalidad. Mientras que los autores veracruzanos retratan con la mayor de las virtudes a los jarochos, destacando sus cualidades a pesar de sus defectos, los mexicanos resaltan su inferioridad respecto a los habitantes de Ciudad de México. Por otra parte, se ha observado que los artículos de los escritores de veracruzanos describen con más detalle a los habitantes de su región.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

- Duplessis, Pablo (1861), *Un mundo desconocido o viajes contemporáneos por Méjico* (traducido por D. José Lesen y Moreno). Madrid: Imprenta de la Correspondencia de España.
- Esteva, José María (1843), «Costumbres nacionales. El jarocho», *El Museo Mexicano*, vol. II, pp. 368-369.
- Esteva, José María (1844), «Costumbres y trajes nacionales. La jaroquita», *El Museo Mexicano*, vol. III, pp. 234-236.
- Linati, Claudio (1828), *Trajcs civiles, militares y religiosos de México*. Universidad Autónoma de Nueva León.
- Nebel, Karl (1836), *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus intéressante du Mexique*. M. Moench.
- P.B. (1862), «Méjico», *El Correo de Ultramar*, vol. XIX, n° 478, pp. 151-154.
- Payno, Manuel (1844), «Un viaje a Veracruz, en el invierno de 1843. San Juan de Ulúa», *El Museo Mexicano*, pp. 56-61, 73-75, 141-144, 162-167, 222-224, 409-413, 447-449, 467-476, 484-494, 515-518, 540-543, 560-562.
- Payno, Manuel (1901), «María», en *Obras de Don Manuel Payno. Tomo I. Novelas cortas*. México: Imp. De V. Agüeros.
- s.f., «Veracruz» (1862), *El Mundo Militar. El Panorama Universal*, vol. IV, n° 115 (19 de enero), pp. 19-21.
- V. (1844), «Trajes y costumbres nacionales. El Jarocho (Departamento de Veracruz)», *El Museo Mexicano*, vol. IV, pp. 60-62.
- Vélez, Ángel María (1845), «Un día en Medellín», *Revista Científica y Literaria. Tomo I*, pp. 92-102.
- Waldeck, Jean Frédérik (1838), *Voyage pittoresque et archéologique dans la province d'Yucantan pendant les années 1834 y 1835*. Imprimerie de Firmin Didot.

FUENTES SECUNDARIAS

- Aguilar Ochoa, Arturo (2000), «La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana (1837-1849)», *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, nº 76, pp. 113-141.
- Aguilar Ochoa, Arturo (2018), «Asaltos al trópico. Petros Pharamond, un pintor romántico francés en el México de 1838», *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, nº 112, pp. 213-258.
- Amores, Montserrat (2021), «Tipos femeninos mexicanos en la prensa mexicana y española (1843-1849)», *Hispanófila*, vol. 191, pp. 7-26.
- Amores, Montserrat (2022), «El costumbrismo en el *Museo Mexicano* y *Revista Científica y literaria*: representar e imaginar a los mexicanos», *Revista chilena de literatura*.
- Anderson, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arnaud, Alfredo (2006), «De coquetas e indígenas pulcras. La mujer en la literatura del siglo XIX», *Boletín*, vol. XI, nº 1 y 2, pp. 183-207.
- Ballesteros Páez, María Dolores (2016), «Los afrodescendientes en el arte veracruzano y cubano del siglo XIX», *Cuadernos Americanos: Nueva Época*, vol. 2, nº 156, pp. 33-60.
- Dowling, John (2016), «José Zorrilla en el Parnaso mexicano», *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*.
- Ferrús Antón, Beatriz (2021), «La mujer mexicana en la prensa ilustrada del XIX: Negociaciones identitarias y culturales», *Hispanófila*, vol. 191, pp. 3-6.
- Gutiérrez Sebastián, Raquel (2017), «Un satírico vallisoletano en París. Juan Martínez Villergas en *El Correo de Ultramar*», en Freire López Ana María, y Ballesteros Dorado, Ana Isabel (coords.), *La literatura española en Europa (1850-1914)*. Madrid: UNED.
- López Rodríguez, Mercedes (2019), *Blancura y otras ficciones raciales en Los Andes colombianos del siglo XIX*. Madrid: Editorial Iberoamericana.
- Martínez, Marian (2008), «Guillermo Prieto: viajes y escritura», *Iztapalapa: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, nº 64-65, pp. 277-299.

- Mejía Galeana, Edgar (2012), «Nación, coleccionismo y tecnologías visuales en el viaje a Veracruz de Manuel Payno», *Literatura Mexicana*, vol. 23, n° 2, pp. 5-29.
- Mora, Pablo (1997), «Los lados nacionales y las vías de tinta de Manuel Payno: revistas literarias de la primera mitad del siglo XIX», *Del fístol a la linterna*, coordinado por Margo Glantz, UNAM, pp. 1907-204.
- Pérez Benavides, Amada Carolina (2007), «Actores, escenarios y relaciones sociales en tres publicaciones periódicas mexicanas de mediados del siglo XIX», *Historia Mexicana*, vol. LVI, núm. 4, pp. 1163-1199.
- Pérez Montfort, Ricardo (1997), «Lo “negro” en la formación del estereotipo jarocho durante los siglos XIX y XX», *Sotavento*, vol. 1, n° 2, pp. 131-154.
- Pérez Salas, María Esther (1998), «Genealogía de *Los mexicanos pintados por sí mismos*», *Historia mexicana*, vol. 48, n° 2, pp. 167-207.
- Pérez Salas, María Esther (2005), «Primeros intentos por definir los tipos mexicanos en la primera mitad del siglo XIX», *Histoire(s) de l'Amérique latine*, vol. 1.
- Pérez Salas, María Esther (2005), *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*. México: Monografías de Arte 29.
- Pérez Salas, María Esther (2010), «*La Revista Científica y Literaria*: una propuesta editorial novedosa», *Instituto de Investigaciones Doctor José maría Luis Mora*, vol. 18, n° 26, pp. 394-415.
- Polo Hernández-Cuevas, Marco (2004), «Las raíces africanas del charro y las china mexicanos», *Afro-Hispanic Review*, pp. 77-89.